

CAPÍTULO XX

El delfín. — Sus últimos momentos. — María Josefa de Sajonia, delfina. — Sus peticiones á Luis XV. — Mr. de Choiseul. — Sus temores. — Su odio á la princesa. — Las promesas de Luis XV. — Armand y Pelletier. — Mr. de Lechevin. — Boiscaillán y el abate Terray. — Mad. la delfina favorece á Mr. de Aguillón. — La jicara de chocolate de 4.º de febrero. — La delfina dice al rey que está envenenada. — Contraveneno. — Muerte de la delfina. — Rumores y lamentos en Versalles. — La autopsia. — Declaración de catorce médicos. — Turbación de Luis XV. — Se reúne con la reina. — Dolor de aquella princesa. — Estanislao muere quemado. — La Lorena es incorporada á la Francia. — Muerte de la reina. — Los muertos. — Los dos partidos. — Mrs. de Choiseul y de Aguillón.

Como ya hemos dicho, la muerte de Mad. de Pompadour no produjo una impresión muy profunda en el ánimo de Luis XV. Aunque la costumbre sea para nosotros un yugo, hay momentos en que se hace muy pesado. Luis XV creyó que había recobrado su libertad. Además, hacia algún tiempo que en política y religión, la favorita tenía más influencia de la que el monarca quería que tuviese. En política, le había aliado con el Austria, objeto de sus primeras aversiones, y en religión le había hecho extinguir á los jesuitas, objeto de sus primeras simpatías. Por otra parte, Mad. de Pompadour se hallaba en oposición abierta con el delfín y con las princesas, y era una

causa perpetua de discordia interior. Su muerte privaba á Luis XV de unas horas que tenía la costumbre de pasar agradablemente, pero también su vida perturbaba un reposo que le era necesario.

En el fondo de su corazón, Luis XV no sintió el verse desembarazado de Mad. de Pompadour. Desgraciadamente, la muerte había invadido la corte de Francia, y no pensaba en salir tan pronto: necesitaba mayor número de víctimas y más ilustres.

Desde fines de 1760 se iba alterando la salud del delfín, y muchas veces había comunicado sus funestos presentimientos á sus confidentes íntimos, Richelieu, May y Vauguyón. Á los extraños y al vulgo de los cortesanos, decía que la causa de su debilidad y palidez era un resfriado cuyos efectos sintió en un viaje que había hecho á Compiègne, el cual le había producido una afección de pecho que se agravaba de día en día; pero á sus amigos y adictos, y á aquellos cuya vida se hallaba mezclada con la suya, confesaba francamente que creía estar envenenado.

Á principios de diciembre se sintió peor, y después de pasar mala noche, mandó llamar á su médico. Algunos amigos del príncipe rodeaban su sillón. Entró el médico y le pulsó, y los síntomas eran graves, pues se estremeció.

Advirtió el príncipe su inquietud, y agarrándole del brazo:

— Mi querido Labreuille, le dijo en tono bajo, no asustemos á nadie. Y en efecto, se llevó al médico á la pieza inmediata, para ocultar á los que le rodeaban, en cuanto le fuese posible, la gravedad del mal de que estaba atacado. Desde aquel momento, el delfín no tenía ya esperanza y los que le servían debieron prepararse á su muerte.

El delfín había tenido por primera mujer á una joven princesa española, verdadera rosa de Sevilla, cuya imagen había permanecido largo tiempo grabada en su corazón, á pesar de su segundo matrimonio.

Aquel enlace había colocado en los brazos del príncipe en vez de la morena María Teresa, una sajona rubia, y fué necesario todo su amor y toda su dulzura, para que ocupase en la vida del príncipe el lugar de la primera. Sólo en aquella hora en que le amenazaba la muerte, pudo el príncipe hacer justicia al ángel que Dios había colocado á su lado, y que ni de día ni de noche le abandonaba un solo instante: su fresco aliento se mezclaba con la febril respiración del enfermo, y envidiosa de toda mano extraña llegó á ser la custodia fiel de su marido, que en vano la supliraba se preservase de los miasmas pútridos de aquella larga y extraordinaria enfermedad.

Por ella y por algunas personas de su familia, sentía únicamente el delfín perder la vida. Religioso desde su infancia, los días de su existencia habían sido una constante aspiración al cielo. La víspera de su muerte decía al confesor:

— Os juro, padre mio, que si estuviese en mi mano elegir entre la vida y la muerte, sacrificaría mil vidas al deseo que tengo de ver á Dios y de poseerle.

En cuanto al rey Luis XV era siempre el mismo: hubiérase dicho que no era un hijo, que no era el heredero de la noble y hermosa corona de Francia, el que estaba expirando, sino un extranjero, un aliado ó un pariente muy lejano. Prodigábanse al moribundo toda especie de cuidados y miramientos, pero con ojos enjutos, semblante frío, y corazón seco.

Luis XV por la abertura de la puerta observaba los progresos de la agonía en el rostro del delfín.

Arreglaba los preparativos de la fúnebre comitiva, y como estaban en Fontainebleau, y como el momento de la muerte del príncipe debía ser también el del regreso de la corte, el rey previno á los cortesanos que estuviesen prontos para volver á Versalles, al otro día ó al siguiente.

El desgraciado príncipe veía todo aquello desde su cama; fardos arrojados por las ventanas, baúles transportados á las puertas de las habitaciones, coches que se cargaban y caballos que se enviaban á buscar.

— ¡ Ah! mi querido Labreuille, dijo tristemente el príncipe á su médico, es preciso que me dé prisa á morir, porque en verdad, según veo, con mi tardanza incomodo á mucha gente.

Fuese fatiga, ó que sintiese ya los ataques del mal de que debía morir, la princesa, consumida por la calentura, se vió precisada á retirarse á su cuarto la noche que precedía á la muerte de su marido: mas él, en su agonía, pensaba en ella, y enviaba á preguntar cómo se encontraba. Dos veces recibió el Viático y era un consuelo y aun alivio para aquel corazón religioso.

— En cuanto mi familia salga de mi cuarto, dijo al confesor, me diréis las oraciones de los agonizantes: ¿ no es así?

— Pero, príncipe mio, le contestaba, aun no es tiempo, y vuestra alteza real no se halla tan malo como piensa.

— No importa; decidlas, esas oraciones son tan hermosas, que me conmovían profundamente en algún tiempo, aun cuando no las necesitaba como ahora.

Sólo dos horas antes de morir fué cuando el delfín perdió el conocimiento. Hasta allí había consolado á los que le rodeaban diciéndoles:

— No sufro mucho : es increíble lo fácil que es el morir. No mentía ; murió muy fácilmente, como debe morir un justo, el 20 de diciembre de 1765.

El rey sintió aquella muerte más de lo que se había creído. Cinco minutos después que expiró su hijo, hicieron entrar á su nieto en su cámara, y anunciando al señor delfin :

— Pobre Francia, exclamó Luis XV, un rey de cincuenta y cinco años, y un delfin de once. — Casi al mismo tiempo, la desconsolada viuda entró en la cámara del rey, y postrándose á sus plantas, le suplicó que mirase por aquella pobre extranjera, y la sirviese de padre y de protector. Deseaba educar por sí misma á sus hijos, conservar su rango en la corte, y aproximarse cuanto la fuese posible á la persona del monarca.

¡ Pobre mujer que se inquietaba por el porvenir, cuando el suyo era un sitio cercano á la tumba de su esposo ! El rey se retiró inmediatamente á Choisy, en donde pasó ocho días apartado de todo ceremonial.

Durante aquel tiempo, el pueblo se desesperaba y miraba la muerte del delfin como una calamidad. Los que pasaban por el Puente Nuevo se arrodillaban delante de la estatua de Enrique IV, y hacían oración. Parecía que el crespón funeral de la viuda y de los huérfanos se extendía sobre toda la Francia.

El cuerpo del delfin fué trasladado á Sens, en donde descansa en el panteón de la catedral. Sólo el corazón fué conducido á San Dionisio. El rey prometió á la delfina cuanto le había pedido : pero no convenia al ministerio Choiseul el que la viuda se aproximase al rey y se apoderase de su ánimo. La princesa había nacido en Sajonia, y como todas las princesas alemanas, recibido una excelente educación. Hablaba todas

las lenguas y aun el latín. En caso de morir Luis XV, estaba naturalmente llamada á la regencia, y la casa de Sajonia conocía muy á fondo los intereses del cuerpo germánico, de que es una de las partes constituyentes. La casa de Sajonia sabía mejor que ninguna otra lo que la Francia había perdido con la alianza austriaca. Era, pues, necesario impedir que la princesa llegase á tener intimidad con el rey. Y desde luego, para oponer un obstáculo á ella, la habitación que reclamaba la delfina, y que estaba próxima á la del soberano, fué declarada inhabitable por Gabriel, arquitecto de Mr. Choiseul. El rey quiso cerciorarse por sí mismo, y en efecto se le hicieron ver las vigas, que encontró tan poco sólidas, que no le quiso dar á la princesa aquella habitación.

Algún tiempo después, la delfina solicitó una plaza para un favorito de su marido, pero el duque de Choiseul, que quería que todos los favores emanasen de él, y que sobre todo, trataba de separar de los empleos á los clientes de la delfina, hizo que el rey declarase y firmase que todas las plazas de nueva creación se comprarían.

Laverdy, hechura de Mr. de Choiseul, estaba entonces en hacienda, y tasó el empleo en ciento cincuenta mil libras, para que el protegido de la delfina, que era pobre, no pudiese aspirar á él. Pero la delfina obtuvo la promesa de gratis, lo cual aumentó el rencor de Mr. de Choiseul hacia ella. Así es, que el ministro hizo cuanto pudo para que el rey retirase la palabra empeñada, pero contra su costumbre la sostuvo.

Decimos contra su costumbre, porque Luis XV rara vez cumplía las promesas que hacía, en cuanto producían algunas dificultades por parte del ministro, y

aun de los oficiales de la secretaría. Citaremos uno ó dos ejemplos :

Habia en el teatro de la Comedia francesa un actor de mucho mérito llamado Armand, que habia divertido al rey tantas veces, que encontrándolo al paso al salir de Choisy le dijo :

— Armand, os señalo cien doblones de pensión.

El cómico le hizo una profunda reverencia, y volvió gozoso á su casa.

Pero más enterado de cómo se ponen en escena las piezas dramáticas, que del modo que se ponen en práctica los negocios en las oficinas, Armand creyó que la palabra del rey bastaba para que le pagasen en el tesoro, y cuando le pareció oportuno se presentó con su recibo en la mano : como le conocían todos los empleados le recibieron muy bien, pero le dijeron que no podían pagarle, porque no figuraba en la nómina : asombrado de aquella dificultad, Armand fué á casa del duque de Aumont, que se hallaba presente cuando el rey le concedió aquella gracia, y le refirió lo que acababa de sucederle. El primer gentilhombre le escuchó con gravedad, y cuando hubo concluido :

— Sois un fatuo, le dijo.

— ¡ Cómo fatuo, caballero ! exclamó Armand.

— Sí, señor, sabed que yo solo en mi calidad de primer gentilhombre de cámara, debo señalaros la pensión, y que lo que el rey os ha dicho, y nada, todo es lo mismo.

Armand se despidió, salió y fué á reunirse con sus compañeros á quienes pidió consejo : aquéllos fueron de opinión que debía instruir al rey de lo que sucedía, y siguiendo Armand su dictamen, puso en conocimiento del monarca lo que pasaba.

— ¡ Dios mío !... si, pobre muchacho, dijo el rey, todo eso es verdad como un evangelio, te he señalado una pensión, pero ahora ya no me pertenece ese negocio, arréglalo con Aumont.

Al oír semejante respuesta, Armand conoció que no podía ya contar con su pensión, y en efecto, durante muchos años las cosas quedaron en aquel estado, y sólo por mediación de la señorita Clairón, que al conceder sus favores al señor gentilhombre de cámara, exigió la ratificación de la palabra del rey, consiguió el infeliz Armand ver inserto su nombre en la lista de las mercedes reales, ó más bien en la de las del señor primer gentilhombre. El rey tenia entre los individuos de su servidumbre algunos relojeros, y era costumbre, que el más antiguo de aquellos criados recibiese una pensión de seiscientas libras : murió el que la disfrutaba, y Luis XV dijo á uno llamado Pelletier, que llegaba á ser el decano :

— Querido Pelletier, ya tenéis la pensión.

Instruido éste en los usos, y escarmentado por la aventura de Armand, de que se habló mucho, no hizo gran caso de la palabra del rey, y fué á casa de su jefe el primer gentilhombre de cámara, á pedirle su beneplácito para la pensión que le estaba concedida. El jefe mandó se escribiese al ministro Mr. Amelot, que contestó iba á dar cuenta al rey de aquella petición, y á expedir la real orden.

Pelletier tenia á su favor al rey, al ministro y al primer gentilhombre, y con este triple apoyo creía que no tenia más que alargar la mano para recibir su pensión. Mas Pelletier se engañaba : habia olvidado suplicar á otro poder, ó lo que era lo mismo, á Mr. de Lechevin, oficial primero de la secretaría de la real casa, y no se expidió la orden. Trascurrió un año

sin que el pobre Pelletier viese ni un solo escudo de la pensión de las seiscientas libras. Fué á ver otra vez al primer gentilhomme, el cual volvió á escribir al ministro, que no se atrevió á contrariar á su oficial primero, al que sin duda tenía motivos para guardar consideraciones. En fin, la cosa duró todavía un año, hasta que Pelletier se resignó, y concluyó por donde debiera haber comenzado, es decir, por visitar al oficial primero. Ablandado Lechevin con aquel paso, hizo á Pelletier una especie de disertación sobre la jerarquía del poder, y concluyó por poner la orden, veintisiete meses después de haber dado el rey su palabra.

Boscaillán, cirujano de ejército, dirigió á S. M. un memorial en que reclamaba el pago de algunas sumas, que se le adeudaban legítimamente ya hacia largo tiempo: sorprendido el rey de que aun no se hubiese hecho el pago de aquellas cantidades, escribió al pie del memorial y con su propia mano:

« Mi tesorero hará pagar en el término de un mes el importe de la suma arriba reclamada, á Boscaillán, á quien se le debe legítimamente y le hace falta.

» Firmado: Luis. »

Provisto el cirujano de aquella orden, corrió á la intendencia general, y con gran trabajo consiguió ver al abate Terray; le presentó su memorial con la nota puesta por el rey, y esperó el resultado con grande confianza.

— ¿Qué es esto? preguntó el abate.

— Ya lo veis, caballero, respondió el cirujano: es la orden de que se me pague una suma que se me adeuda.

— ¡Qué ocurrencia!... dijo el abate.

Y arrojó el memorial, que Boscaillán recogió estupefacto.

— Pero, señor, ¿es el visto bueno del rey!...

— Sí, pero no es el mío.

— Sin embargo, S. M...

— Que os pague, puesto que os dirigis á él.

— Pero...

— Idos, caballero, no puedo malgastar el tiempo: y el abate Terray puso á Boscaillán en la puerta, quien atolondrado, petrificado y sin saber á qué santo encomendarse, se dirigió al capitán de guardias que se apresuró á despedirle: entonces recurrió al duque de Richelieu, hasta el cual no pudo llegar, pero encontró un secretario que acababa de recibir el duque, y le enseñó la orden del rey: aquél, que todavía era nuevo en el oficio, y que creía que el rey es algo en Estado, tomó el memorial, entró en el cuarto del mariscal, y exaltado con la audacia del intendente general, dijo al duque, que el abate Terray acababa de cometer un exceso enorme, que si llegaba á noticia del rey podía producirle disgustos muy graves. Y después le refirió minuciosamente el asunto como había pasado.

— Mi querido amigo, dijo el duque de Richelieu á su secretario, sois un imbécil, pues no sabéis que la peor protección de todo el reino es la del monarca: y puesto que el abate ha dicho á Boscaillán que no conseguirá nada, decidsele vos también; y por lo que os toca, querido mío, procurad aprender estas cosas que son el A, B, C, de nuestra lengua, ó de lo contrario, aunque yo os quiera mucho no podré conservaros en mi servicio: idos.

Y según la predicción de Mr. de Richelieu, Boscaillán jamás pudo sacar nada.

Volvamos á la desgraciada delfina, que durante la enfermedad de su marido, había tenido algunos desmayos, que daban á conocer que su salud se hallaba profundamente alterada: su debilidad se aumentó con la mayor rapidez, y pareció tan grave á los médicos, que la redujeron á que no tomase más alimento que leche. Aquel régimen mejoró por el pronto su estado, se sostuvo el alivio, y en el mes de enero de 1766, declararon los médicos que la princesa se hallaba fuera de peligro. Desgraciadamente, dice la sombría crónica en dondè se anotan los nombres y circunstancias de las reinas que mueren jóvenes, desgraciadamente la princesa quiso mezclarse en los asuntos políticos. Favorecía al duque de Aiguillon, de quien habló repetidas veces al rey con grande interés. Proponía un ministerio nuevo, compuesto del duque de Aiguillon, May, el obispo de Verdún, y el presidente de Nicolai.

Si hemos de dar crédito á esa misma crónica, una simple jicara de chocolate destruyó aquel magnífico proyecto: la princesa la tomó el 1.º de febrero de 1767. El mismo día la delfina declaró al rey que estaba envenenada. En vano Mad. Adelaida le dió tres dosis de aquel famoso contraveneno, de que ya hemos hablado, y que Mad. de Verue había traído de la corte de Saboya: la princesa murió el viernes 13, á la edad de 53 años.

Lo que la delfina había dicho antes de morir produjo una sensación muy fuerte en Versalles, y apenas espiró, el obispo de Verdún, Mr. de May, la duquesa de Caumont, el mariscal de Richelieu y Mr. de Lavauguyón, creyeron en el envenenamiento. La acusación fué tan clara, que el cuerpo de la augusta difunta se abrió á presencia de cartoce médicos, los cuales

declararon que no encontraban señal alguna de veneno.

Todas aquellas muertes sucesivas y las acusaciones que las acompañaban aumentaron la tristeza del rey, y por algunos instantes pudieron influir para que mudase de vida. Observóse con inquietud que se reunía con su esposa, princesa sabia y piadosa, que vivía como una santa en medio de los cortesanos, de las prostitutas y de los envenenadores.

La reina se hallaba también sumergida en la más espantosa tristeza: acababa de perder á su padre el rey Estanislao. Á mediados de febrero, el anciano se había quedado dormido en su sillón al lado de la chimenea, el fuego prendió en sus vestidos, y le abrasó de un modo horroroso. Murió el 23 de febrero de 1768, á la edad de ochenta y ocho años, y por su muerte la Lorena fué incorporada á la Francia.

Su hija sólo le sobrevivió dos años. Después de una larga y penosa enfermedad, murió el 24 de junio de 1768.

Princesa infeliz, que hacía veinticinco años no era más que la sombra de una reina, que había visto á las queridas de su esposo ocupar su lugar en el lecho y en el trono, y que desapareció á su vez cual una sombra.

El terror que se difundió por Versalles á la muerte del gran delfin, del duque de Borgoña, de la duquesa de Borgoña, del duque de Berry y del duque de Bretaña, volvía á presentarse en los mismos lugares y en la misma familia, medio siglo después. En efecto, la muerte hería cruel y rápidamente á la corte de Francia. Recapitulemos las víctimas.

La señora infanta, duquesa de Parma, la señora duquesa de Orleans, la princesa de Condé, el señor delfin de Francia, su hijo primogénito el señor duque

de Borgoña, la delfina, la condesa de Tolosa, el rey Estanislao y la reina. Al ver tantos cadáveres, se apoderó el terror de Mad. Luisa, huyó de Versalles, se refugió en las Carmelitas, tomó el velo, y sólo se ocupó ya de Dios.

Las acusaciones de envenenamiento no fueron escasas: toda la Francia murmuró á una voz: el cardenal de Luynes, los Nicolai, el conde de May, el duque de Aiguillon, el mariscal de Richelieu, el arzobispo de París, todos los señores, todos los prelados que componian el partido del delfin (cuyo número era grande), todos los que apetecian un reinado justo y paternal, después de aquel despótico y disoluto en que vivian ya hacía cincuenta años; y en fin, todas las voces interesadas en la vida de los que acababan de morir, prorrumpieron en gritos diciendo que aquellas muertes no eran naturales, y acusaron de ellas á Mr. de Choiseul.

Hicieron más: después de designar el espíritu diabólico que había concebido el proyecto, señalaron la mano regicida que le había puesto en ejecución. Lieutaud, médico de los infantes, fué acusado de haber preparado remedios envenenados: por única respuesta se contentó con poner al frente de su obra *La medicina práctica*, la enfermedad de Alejandro. En aquel grabado, el vencedor de Poro se encuentra entre su médico y sus delatores, y en vez de dar crédito á la acusación de envenenamiento, se bebía la copa que le decían estaba envenenada.

Verdadera ó no, aquella acusación tuvo resultados terribles: de ella provinieron el odio y rencor de las princesas y del duque de Berry contra Mr. de Choiseul.

Luis XVI, débil ó incapaz de guardar resentimiento

contra nadie, sólo permaneció obstinado sobre este punto, y el estremecimiento que á pesar suyo experimentaba cuando veía á Mr. de Choiseul, indicaba, sin que se tomase la molestia de ocultarlo, que le miraba como al envenenador de su padre.

El anciano rey, más libertino y devoto á medida que iba avanzando en edad, pareció por un momento que sólo se ocupaba en Dios. Su testamento data desde la muerte de su hijo (1). Viendo que éste pasaba á mejor vida, creyó que no tenía que perder tiempo, y que un día ú otro podía ser llamado á emprender el mismo viaje.

Desde aquel momento la corte se dividió en dos partidos. Á la cabeza de uno de ellos se hallaba el duque de Aiguillon, que acusaba en alta voz á Mr. de Choiseul de traición y de envenenamiento.

Mr. de Aiguillon tenía de su parte al delfin, á los señores cuyos nombres hemos citado hace poco, al arzobispo de París, al clero de Francia y á los jesuitas.

Mr. de Choiseul estaba apoyado por la emperatriz María Teresa, los parlamentos, los jansenistas, los poetas, los economistas y los filósofos.

Más tarde veremos qué grano de arena arrojado en la balanza, la hizo inclinar en favor del duque de Aiguillon.

(1) Véase el testamento de Luis XV, en los documentos justificativos.